

El Evangelio de Jesucristo - Marcos 1:1

(Mr 1:1) *“Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.”*

Introducción

Se ha dicho que este primer versículo funciona como un título del evangelio, y quizá sea cierto, pero al pensar en él sólo de esa manera, hay muchas posibilidades de que seamos tentados a no prestarle mucha atención, como si no formara parte del evangelio, cuando en realidad no es así.

Es verdad que el lector moderno de este evangelio puede leer este primer versículo sin que le diga nada nuevo, pero para los primeros receptores, que como ya consideramos en la Introducción eran gentiles del Imperio Romano, y que muy probablemente vivían en Roma, este primer versículo tuvo que causarles una impresión muy fuerte. De hecho, nos atrevemos a decir que el propósito de Marcos era precisamente ese, ganar su atención en el primer versículo y estimularles para que siguieran leyendo.

Ahora bien, ¿qué fue lo que pudo causar tanta sorpresa a los primeros lectores y que a nosotros nos pasa desapercibido? Esto será lo que tendremos que ir analizando a lo largo de este estudio.

Vamos a dividir nuestro estudio en varios apartados:

- I. El principio del evangelio
- II. El evangelio de Jesucristo
- III. El nombre: *“Jesús”*
- IV. El título: *“Cristo”*
- V. Su naturaleza divina: *“Hijo de Dios”*

I. *“El principio del evangelio”*

I. ¿Qué es el *“evangelio”*?

Algunos piensan que el *“evangelio”* es un género literario (obras que cuentan la historia de la vida y enseñanzas de Jesús) al que pertenecen los cuatro evangelios, y visto desde ese punto de vista, interpretan que cuando Marcos escribe *“principio del evangelio”*, lo que quería decir era algo tan obvio como que estaba dando comienzo a su escrito.

Y aunque es cierto que podemos pensar en los evangelios como un género literario, cuando Marcos escribía no tenía nada que ver con eso. La palabra *“evangelio”* es una de esas muchas palabras que ya existían en el mundo antiguo y que el cristianismo incluyó en su terminología. Por lo tanto, para entender correctamente lo que el evangelista quería decir con ella, debemos ver primero cómo se usaba en aquella época.

El término griego *“euangelion”* (*“evangelio”*) significaba *“buena noticia”*, *“anuncio alegre”* y se relacionaba frecuentemente con los emperadores romanos. Recordemos que el emperador romano se consideraba un dios, el señor del mundo, su salvador y libertador. Desde su punto de vista, el mundo estaba lleno de bárbaros incivilizados que había que conquistar para incorporar al Imperio Romano, la única alternativa válida al desorden y el caos en el que vivían los que todavía no formaban parte de él. Así pues, cada vez que el

emperador regresaba de una victoria militar por las que extendía aún más su imperio, se proclamaban *“las buenas noticias”*, el *“evangelio”*. El mundo estaba siendo transformado en un lugar mejor debido al César, y eso había que anunciarlo para su mayor gloria.

Habiendo entendido esto, podemos imaginarnos el impacto que estas primeras palabras pudieron causar en los receptores de este evangelio. Ellos habrían escuchado con frecuencia la frase *“el evangelio de César, el hijo de Dios”*, pero ahora Marcos había cambiado completamente la frase y les estaba diciendo que no eran los emperadores romanos los que iban a salvar el mundo, sino Jesucristo, el Hijo de Dios, y que por lo tanto había una alternativa al *“evangelio del César”*.

2. ¿Cuál es el principio del evangelio?

Ahora bien, notamos que Marcos nos habla del *“principio”* del evangelio. ¿A qué *“principio”* se refiere? Ya hemos dicho que no estaba anunciando simplemente el comienzo de su narración. El tenía otro propósito mayor que ese.

Por un lado, veremos en los siguientes versículos que Marcos comienza su relato del evangelio presentándonos la labor de Juan el Bautista, el cual vino en cumplimiento de lo que previamente habían anunciado los profetas de la antigüedad Malaquías e Isaías. Por lo tanto, lo que nos está diciendo es que el evangelio no comenzó cuando el Señor Jesucristo vino a este mundo, sino que siempre había estado en el corazón de Dios desde la eternidad. Los constantes anuncios que encontramos en el Antiguo Testamento acerca de la venida del Mesías, probaban que esto era así. De hecho, el mismo apóstol Pedro hace referencia al sacrificio de *“Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros” (1 P 1:19-20)*. Podemos decir que desde una perspectiva cronológica, el evangelio surge en la eternidad, mucho antes incluso de que el hombre hubiera sido creado o hubiera pecado, proveyendo una solución anticipada para la terrible situación que la caída introdujo en el mundo.

Pero por otro lado, la palabra *“principio”* también se puede referir al fundamento o la base de una cosa. Así se utiliza, por ejemplo, en el conocido versículo de Proverbios: *“El principio de la sabiduría es el temor de Jehová” (Pr 1:7)*. Y en este sentido, el evangelio se fundamenta o tiene su base en Jesucristo, el Hijo de Dios. Y esto nos lleva al siguiente punto.

II. “El Evangelio de Jesucristo”

Marcos comienza su evangelio haciendo una importante afirmación: *“el evangelio es de Jesucristo”*. ¿Qué quería decir con esto?

I. El evangelio trata acerca de Jesucristo

Es cierto que a través de sus relatos nos vamos a encontrar con muchas personas de cierta relevancia (los apóstoles, las autoridades judías o romanas, los miembros de las diferentes sectas del judaísmo, multitudes o individuos necesitados...), pero sin embargo, es la Persona de Jesucristo quien resplandece sobre todas las demás, mostrando una gloria única e inigualable. Sin él en el centro, toda la narración pierde su brillo y su vida.

Y aquí quizá sea necesario detenernos por un momento para hacer una reflexión: es fácil caer en la tentación de desplazar a Jesucristo del centro del Evangelio para colocar en su lugar otras cosas; una iglesia, un líder, una estrategia... o cualquier otra idea bajo el signo de la modernidad. Si esto hacemos, inevitablemente el Evangelio perderá su poder y su relevancia.

2. El evangelio se basa en la persona y la obra del Señor Jesucristo

El Evangelio revela el plan de Dios para la salvación del hombre. Y este plan tiene su sólido fundamento en quién es Jesús y en lo que él hizo por los pecadores muriendo en una cruz y resucitando al tercer día.

Sólo podemos ser salvados de nuestros pecados por la fe en él y en su obra. En esto consiste el Evangelio.

3. El evangelio de Jesucristo y el del César

Antes de continuar, hagámonos una reflexión: ¡Qué diferente es “el evangelio de Jesucristo” anunciado por los profetas y el “evangelio del César”!

- El primero ha liberado y sigue haciéndolo a millones de personas en todo el mundo, mientras que del segundo, apenas nos quedan unas cuantas ruinas para distracción de los turistas. El César, al igual que muchos otros políticos desde entonces, han prometido un mundo mejor que nunca llega.
- Los beneficios del evangelio de Jesucristo son universales y se otorgan a todos por igual. Se ofrece a marginados, pecadores, pobres y ricos, judíos y gentiles, cultos e incultos, jóvenes y mayores, sin distinción de raza o nación... En contraste, los que se beneficiaban de las buenas noticias del César eran siempre los mismos; los privilegiados y los poderosos.
- Jesucristo nos salva entregando su propia vida en la cruz, mientras que los emperadores romanos imponían su autoridad por medio de sangrientas campañas militares que dejaban miles de muertos.
- Jesucristo gana nuestros corazones por amor, mientras que César lo hacía por la fuerza y el miedo.

III. El nombre: “Jesús”

“Jesús” es un nombre hebreo que significa “*Jehová es salvación*”.

Aunque era un nombre bastante común entre los judíos, en su caso le fue dado por indicaciones de un ángel y apuntaba al servicio que iba a llevar a cabo a favor del hombre.

(Mt 1:21) “Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.”

Es cierto que el hombre no parece estar muy preocupado por el pecado (en las encuestas se manifiestan otros intereses como el terrorismo, la crisis, el paro, la corrupción política, el hambre en el mundo, la violencia de género...), sin embargo, el pecado del hombre es la verdadera causa de nuestros problemas. El pecado destruye nuestras propias vidas y por él hacemos daño a los que nos rodean.

Y haciendo honor a su nombre, Jesús vino a terminar con la causa de nuestros problemas, y por supuesto, también lo hará con sus consecuencias.

IV. El título: “Cristo”

1. ¿Qué significa el título “Cristo”?

Aunque llegó a formar parte de su nombre (“Jesucristo”), en realidad era un título: “Jesús el Cristo”.

“Cristo” es la traducción griega del término hebreo “Mesías”, que en español significa “Ungido”.

En el Antiguo Testamento servía para referirse a personas que eran capacitadas por Dios para una tarea particular a favor de su pueblo. Se exteriorizaba esa capacitación ungiendo con aceite a la persona en cuestión.

Aunque el título se aplicaba a reyes, profetas y sacerdotes, el Antiguo Testamento se centraba en anunciar la venida del Mesías, el Ungido de Jehová, alguien único que llevaría a cabo una misión especial.

2. ¿Por qué el Señor Jesús ocultaba con frecuencia que él era el Cristo?

Una de las características del evangelio de Marcos es la frecuencia con la que Jesús ordenaba a ciertos personajes (espíritus inmundos, demonios, personas beneficiadas por algún milagro, discípulos ...) que guardasen silencio y no desvelasen a nadie que él era el Cristo. Es un hecho indiscutible que el evangelio de Marcos, de manera mucho más acentuada que los demás sinópticos, destaca el secreto con que Jesús quería encubrir su identidad durante su vida en la tierra. ¿A qué se debe esta insistente orden de Jesús para que se guardara silencio sobre quién era realmente?

Para comprenderlo, tenemos que recordar el ambiente que se respiraba entre los judíos en aquellos días de ocupación romana. Todos esperaban un mesías libertador, un caudillo militar que les guiara a la victoria sobre los odiados romanos. En este contexto, si Jesús hubiera declarado abiertamente que él era el Mesías anunciado por las Escrituras, habría provocado una interpretación equivocada sobre su misión y sus mismos seguidores habrían creado un movimiento político que habría terminado en una lucha sangrienta con los romanos.

3. ¿Qué tipo de Mesías es Jesús?

El punto anterior nos obliga a preguntarnos ¿qué tipo de Mesías es Jesús?

Entre los judíos había un acuerdo general en el sentido de que el Mesías sería una especie de Moisés que liberaría a la nación de Israel, establecería su trono en Jerusalén como David, aplastaría a quienes hacían sufrir al pueblo, gobernaría con justicia y restauraría la riqueza a la nación judía de una manera nunca antes conocida. El Mesías sojuzgaría a las naciones gentiles, sus reyes le servirían, e Israel ya no volvería a ser esclavo de nadie, sino que ocuparía un lugar de supremacía en el mundo.

No cabe duda de que muchas profecías del Antiguo Testamento confirmaban esta esperanza judía, y los mismos discípulos de Jesús esperaban que él fuera un Mesías de ese tipo. Por esa razón, no es extraño encontrar en las páginas del evangelio de Marcos a los discípulos ambicionando el poder y los puestos de mayor dignidad dentro del reino de Jesús (**Mr 9:33-34**) (**Mr 10:35-36**). Y también por eso, cuando el Señor les decía que iba a Jerusalén a morir en una cruz, ellos no lo aceptaban, incluso se oponían a sus planes (**Mr 8:31-32**).

Y de alguna manera, todos nosotros preferimos también a un Mesías como el que esperaban los judíos. ¿Quién quiere negarse a sí mismo y tomar una cruz para seguir a

Jesús? En el fondo de nuestro ser nosotros también deseamos poder, riquezas, fama y superioridad como ellos. Queremos un Mesías que haga lo que le pedimos, que gane nuestras guerras, destruya a nuestros enemigos y nos exalte. Un Mesías que adapte su voluntad a nuestros deseos y necesidades, que se dedique a servirnos a nosotros más que al resto de la humanidad. Y de hecho, muchos predicadores modernos no sienten ningún rubor en decirlo claramente desde sus púlpitos, y a todos los que les escuchan les prometen prosperidad, salud, riqueza, bienestar y todo tipo de éxitos en la vida.

Pero era evidente que Jesús no era ese tipo de Mesías que ellos esperaban, o al menos no se presentó así en su primera venida. En tres ocasiones diferentes les anunció solemnemente que se dirigía a Jerusalén para morir en una cruz, no para sentarse en un trono **(Mr 8:31) (Mr 9:30-31) (Mr 10:32-34)**. El evangelista nos lo presenta una y otra vez como el Siervo de Jehová descrito en Isaías **(Is 52:13-53:12)** que venía a dar su vida para rescatar a los hombres de sus pecados **(Mr 10:45)**.

Por supuesto, también es verdad que un día volverá en gloria para sentarse en el trono de David, tal como el Antiguo Testamento había anunciado, pero era necesario que primero viniera a salvar a los pecadores entregando su propia vida por ellos. Y esta necesidad era la que ignoraban los judíos. El hombre es pecador y necesita ser salvado antes de que pueda ser gobernado por un Rey justo como el Señor.

Así que, podemos resumir este punto diciendo que en su primera venida Jesús fue un Mesías sufriente que moría para salvar a los hombres de sus pecados, y que invitaba a sus discípulos a unirse a él por el camino del arrepentimiento y la fe. Pero en su segunda venida se presentará como el Rey glorioso que viene a juzgar este mundo con justicia y a sentarse en su trono para reinar.

V. Su naturaleza: “El Hijo de Dios”

Y llegamos a la última expresión de este versículo, que sin duda es la que más controversia ha creado.

I. ¿Qué significa el título “Hijo de Dios”?

Algunos han interpretado la afirmación de que Jesús es el “Hijo de Dios” como si fuera un ser creado por Dios. Usando una lógica humana deducen que alguien que es “hijo de” necesariamente es un ser que debe su vida a su progenitor, y por lo tanto, ha tenido un comienzo a su existencia, lo que implicaría necesariamente que no puede ser Dios, sino otro ser creado. Así razonan algunas religiones en nuestros días, como los llamados “Testigos de Jehová”.

Por otro lado, cuando los musulmanes escuchan a los cristianos afirmar que Jesús es el Hijo de Dios, les parece una auténtica barbaridad, porque interpretan que lo que estamos diciendo es que Dios mismo tuvo relaciones sexuales con la virgen María para engendrar a Jesús.

Evidentemente, en un contexto humano podemos usar estos argumentos, pero esto no tiene nada que ver con la forma en la que se emplea el término en la Biblia en relación a Dios.

Fundamentalmente podemos decir que cuando los autores del Nuevo Testamento usaban la expresión “Hijo de Dios” para referirse a Jesús, no estaban pensando en la cuestión de su “engendramiento”. Lo que ellos entendían con el término “hijo de” era que la persona “participaba de la misma naturaleza de”.

- Por ejemplo, Jesús llamó a Juan y Jacobo *“hijos del trueno”* (Mr 3:17). Esto no quería decir, evidentemente, que hubieran sido engendrados por un trueno, sino que participaban de la naturaleza violenta y explosiva del trueno.
- De la misma forma debemos entender las expresiones: *“hijos de la promesa”* (Ga 4:28), *“hijos de desobediencia”* (Ef 2:2), *“hijos de ira”* (Ef 2:3), *“hijos de luz e hijos del día”* (1 Ts 5:5), *“hijos de maldición”* (2 P 2:14)...

Por lo tanto, cuando se aplica el término *“Hijo de Dios”* al Señor Jesucristo, lo que se quería expresar es que participaba de la naturaleza divina. Es decir, era una afirmación de su divinidad.

Así lo entendieron los judíos que escucharon a Jesús decir que era Hijo de Dios. Y por eso mismo intentaron matarle, por cuanto entendían que se estaba haciendo Dios, lo que indudablemente era una gran blasfemia para ellos.

(Jn 5:18) “Por esto los judíos aun más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios.”

2. ¿Qué implica que Jesús sea el Hijo de Dios?

El hecho de que Jesús sea el Hijo de Dios se reviste de una importancia enorme para nosotros, ya que nuestra salvación no depende de ningún hombre, que tarde o temprano nos defraudará, sino del mismo Hijo de Dios.

Ya hemos comentado anteriormente cómo era el evangelio del César. Al fin y al cabo, aunque se creía divino, realmente era sólo un hombre, y como tal, no pudo llevar a este mundo a su realización plena, ni mucho menos. Y desde entonces, todos los gobernantes y políticos que han surgido desde que desapareció el Imperio Romano tampoco han logrado mejorar en nada este mundo.

Y quizá hoy más que nunca, el ser humano siente una profunda insatisfacción y desencanto por la forma en la que funciona este mundo. Pero la solución no la tiene ningún hombre, sólo el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo.

Conclusión

En este estudio hemos tenido ocasión de ver que el Evangelio se centra en la persona de Jesús, el Salvador. Sin Jesucristo no hay *“buenas noticias”* para la humanidad.

Y que Jesús es el Hijo de Dios, es decir, no sólo un gran hombre con muchas habilidades, sino Dios hecho Hombre. Es alguien en quien podemos confiar, estando seguros de que no nos va a defraudar.

Preguntas

1. Razone en qué sentido *“el Evangelio es de Jesucristo”*.
2. Explique que diferencia había entre la forma en que la palabra *“evangelio”* se usaba en el mundo romano y en las Escrituras.
3. ¿Cómo se relaciona el nombre *“Jesús”* con el título *“el Cristo”*?
4. ¿Qué significa el título *“Hijo de Dios”*?
5. ¿Qué importancia tiene el título Hijo de Dios en el Evangelio de Marcos?